

# La UNAM: autonomía y vocación

Por *Juliana* GONZÁLEZ V.\*

**E**N ESTA OCASIÓN quisiera destacar algunas ideas de carácter filosófico sobre aquellas cuestiones que me parecen más significativas en relación con la autonomía universitaria.

Como miembro de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) he tenido el privilegio de participar en otras conmemoraciones de la autonomía de esta institución y en la celebración de sus cien años de vida, y ahora, para celebrar los ochenta y cinco años de su autonomía; por esta razón procuraré recobrar algunos conceptos que me parecen imperecederos, haciendo patente su actualidad y su importancia.

La autonomía universitaria es un hecho histórico de difícil adquisición, por lo que sigue requiriendo ser mantenido con conciencia y determinación, pues es inestable, está en riesgo y en permanente construcción. La autonomía ha de entenderse en dos sentidos: por un lado, es la autonomía de la institución educativa, de investigación y difusión cultural, frente al Estado; autonomía frente a los demás poderes y a las demás instancias del país; autonomía hacia afuera, cabe decir. Pero también, y quizá sea lo más significativo, esa autonomía lo es hacia el interior, en tanto que está cifrada en la libertad de cátedra y de investigación, entendida como búsqueda originaria, como desarrollo propio y base de creatividad. Ésa es la autonomía que posee nuestra Universidad para la difusión y la extensión de la cultura, las cuales tienen un efecto, una impronta social decisiva.

El aspecto más vulnerable de la autonomía, como todos sabemos, es el del subsidio, ya que la Universidad debe ser subvencionada por el Estado —a nivel del gobierno federal—; hecho que no es una gracia gubernamental y tampoco tiene sentido entenderlo como si fuera una inversión que hace el Estado para su propio beneficio. En realidad el Estado tiene la obligación de subvencionar a la UNAM en tanto que intermediario de la sociedad, misma que es, en última instancia, la que subsidia y a su vez recibe indirecta o

---

\* Profesora emérita de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México e investigadora emérita del Sistema Nacional de Investigadores, México.

directamente los beneficios del trabajo autónomo de los universitarios. La autonomía no es una dádiva —decía el filósofo Eduardo García Máynez—, sino que le corresponde, por naturaleza, a una institución que lleva las características de una Universidad.

Autonomía y Universidad, así, son términos que parecen coincidir en su propia naturaleza. Celebrar ahora los ochenta y cinco años de autonomía de la UNAM no es solamente conmemorar —es decir, hacer juntos memoria de este hecho fundamental—, sino también tomar conciencia del significado profundo de la autonomía universitaria. Estamos ya tan habituados a ella que a veces olvidamos su riqueza significativa y su importancia.

La autonomía indica, en efecto, la capacidad de las instituciones y de las personas de darse a sí mismas su propia ley y gobernarse por ella; de ordenar su propio mundo; ordenarlo no sólo en el aspecto legal, sino configurar autónomamente su forma de ser. Por esto, autonomía implica autoconciencia, autodeterminación, independencia y, en definitiva, significa libertad.

En la UNAM, en especial, se concreta el espacio por antonomasia de la libertad. Y la autonomía académica equivale a libertad de cátedra y libertad de investigación. La de cátedra hace referencia al aspecto creativo de la enseñanza universitaria, pues ésta no puede tener un carácter rutinario, mecánico y menos aún dogmático. De la docencia universitaria importa la índole abierta que ésta tiene, su permanente actualización, capaz de originalidad y genuina comunicación del conocimiento, que no es arbitrariedad ni subjetivismo. La docencia se ejerce dentro de un contexto académico (nacional y mundial), es decir en conformidad con planes y programas de estudio colegiados, y su función está fundada, de hecho, en metodologías y en conocimientos objetivos. La enseñanza universitaria tiene características que hablan de un estado de excelencia.

Y por su parte, la investigación está puesta en esa búsqueda creativa que tienen el pensar y el indagar; en la capacidad del investigador de pensar por sí mismo para ir en pos de una producción original de conocimientos. Como es evidente, tampoco la libertad de investigación puede equivaler a un mero trabajo arbitrario, caprichoso, carente de rigor, sino todo lo contrario: se realiza ajustándose a los estándares universitarios del quehacer científico y humanístico, y a los estándares mundiales de las disciplinas que se investigan. También, señaladamente, el ejercicio universitario se expresa en esas a veces altamente significativas actividades de difusión y extensión de la cultura.

Es evidente, entonces, que de la autonomía académica y de la libertad derivan como notas distintivas la pluralidad, la función crítica y la diversidad. Particularmente, en nuestro tiempo se reconoce que las verdades son relativas, que no hay una verdad única y definitiva. Y se sabe asimismo que no hay un solo camino para acercarse a los valores, a todos los valores: la verdad, el bien, la justicia, la belleza; que el dogma no tiene sentido ni lo tiene la arbitrariedad. Creo que esto es algo que hay que remarcar constantemente: los dogmatismos no caben en la vida universitaria.

El mundo de la ciencia y de la cultura en general no es un mundo cerrado, sino al contrario; es un mundo abierto, hecho de consensos y disensos, lo cual lo torna un ser vivo y en movimiento. En este punto quisiera recordar a Justo Sierra, quien mucho antes de 1929, en que se da la instauración formal de la autonomía, dijo en el discurso de inauguración de la Universidad (1910):

Los fundadores de la Universidad de antaño decían que la verdad ya queda definida, pero nosotros decimos: la verdad se va definiendo [...] aquellos decían: sois un grupo selecto encargado de imponer un ideal religioso y político resumido en estas palabras: Dios y el Rey. Nosotros decimos: sois un grupo en perpetua selección dentro del pueblo y tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad.

Y la UNAM se diferencia de las otras universidades por su carácter nacional, que le permite dar una cobertura a todo el país, expresada no sólo en la expansión de egresados y en la creación de distintas sedes ubicadas en toda la República, sino también en sus objetos de estudio, tanto nacionales como internacionales. Por su carácter nacional, nuestra Casa de Estudios sigue siendo punto de referencia para todas las universidades.

La Universidad como tal conlleva un mundo donde se ejercen las más diversas vocaciones. Vocación viene de *vocatio* que significa, como se sabe, un llamado, una apelación. Y lo primero que tenemos que preguntarnos es quién llama o qué es lo que nos llama. ¿Por qué? ¿Qué implica hablar de vocación? Y con lo que nos encontramos es que el llamado de la vocación es un hecho múltiple y complejo. Hoy sabemos que nos llama nuestro propio ser y nos llaman los demás, pero no solamente, también nos llaman las propias realidades del mundo; el llamado es de adentro, es de afuera, es de los otros que han ejercido ya una vocación. Se trata

de una experiencia de atracción intelectual, emocional y vital. Nos mueve vocacionalmente nuestro afán de conocimiento y de verdad, nuestro afán de crear y recrear belleza, de hacer bien y de hacer justicia, de producir cosas útiles.

Nos llaman, también, los otros seres humanos, sus realizaciones, las obras culturales; nos llaman la ciencia y la cultura que no son sino la expresión, el producto del cumplimiento de las facultades humanas vocacionales. Nos llama nuestra necesidad de ejercer la razón, la voluntad, la comunión y la unión con los otros y con lo otro; somos en realidad seres incompletos. Cualquier animal no humano está completo en el sentido de que tiene la totalidad de su ser definido; los humanos no, los humanos nacemos incompletos desde el punto de vista de nuestra propia naturaleza, de nuestro caudal de potencialidades que si no realizamos se quedan ahí y nos quedamos como humanidad trunca, una humanidad que no se humaniza.

La vocación y la posibilidad de su cumplimiento no puede venir sino de la educación; ésta es la respuesta a esa voz que llama. Particularmente, la educación universitaria es lo que nos da la posibilidad de ir desarrollando nuestro propio ser. Ese nacer inconcluso del que hablábamos se supera respondiendo al llamado vocacional.

No obstante quisiera destacar que en realidad los seres humanos poseemos, por así decirlo, dos niveles de nuestra naturaleza: una, la naturaleza natural, biológica, motivada por una forma de necesidad que va más allá de la sobrevivencia y que surge como afán de poder, de tener y de dominar; necesidades correspondientes a nuestra condición animal. Pero, al mismo tiempo, en otro nivel, los humanos tenemos radicales necesidades de *ser*, de realizar las facultades humanizantes que nos definen en nuestra naturaleza esencial. Es decir, ejercer las potencias de razón, sensibilidad, emoción y acción; desplegar nuestra conciencia del mundo, de nosotros mismos y de los otros seres humanos. Sólo en esta realización o cumplimiento alcanzamos la verdadera felicidad, nos enseña Aristóteles: “La felicidad es aquello que acompaña a la realización del fin propio de cada ser vivo, y la que le corresponde al hombre es aquella que le sobreviene cuando realiza la actividad que le es más propia” (*Ética a Nicómaco*).

Nuestra época viene considerando progresivamente que las necesidades intrínsecas de la ciencia básica y de las humanidades (el estudiar la poesía de sor Juana, descubrir la complejidad de una

lengua, adquirir el conocimiento histórico de algunas edades del devenir humano) es innecesario, que son inutilidades.

Así, frente al carácter inútil de las humanidades se defienden aquellos estudios que sirven para producir, para generar bienes materiales, para hacer cosas que verdaderamente reditúan en la vida, pero en cambio, el análisis de la obra de Shakespeare ¿para qué puede servir? Y ahí están los humanistas, que dedican el todo de su vida a estos “lujos”.

Y en esta misma dirección va mi defensa de las ciencias básicas; pues las ciencias del presente se han vuelto cada vez más tecnociencias. Se piensa que los científicos que hacen ciencia básica están haciendo también inutilidades; sería inútil estar cultivando la astronomía, la física, las matemáticas. ¿Son estas últimas y las humanidades innecesarias e inútiles?

Irónicamente, por ejemplo, los largos siglos de la Edad Media se caracterizan por una valoración inversa a la nuestra: lo necesario y útil, lo único digno de cultivarse es la dedicación a todo cuanto nos acerque a la trascendencia de este mundo material, corporal, terrenal y corrupto. La realidad inmanente es para el hombre medieval innecesaria y deleznable; por eso no se requiere conocerla ni recrearla artísticamente ni vivirla con plenitud; no hay ciencia y no hay arte profanos; el ideal es abandonar esta existencia mortal desde que entramos en ella. ¿No es esta “concepción del mundo y de la vida” exactamente *lo inverso* a nuestra actual civilización occidental para la cual lo inútil e innecesario es lo opuesto?

Es obvio que tanto en la actualidad como en el porvenir no podemos imaginar siquiera una vuelta a la fuga del mundo, como en el Medievo, pero tampoco lo contrario, invalidar o desconocer la dimensión espiritual, cultural, de la realidad humana. La esperanza está precisamente en reconocer que esos dos niveles están intrínsecamente unificados e integrados en la naturaleza humana, y en admitir con ello la existencia de los dos órdenes de necesidad. No condenar los bienes de esta vida material y corporal y recuperar al mismo tiempo la valoración afirmativa de la necesidad de los bienes culturales y de los valores de la verdad, la bondad, la libertad, la belleza y la justicia. Hay importantes indicios de que un porvenir vivo, humanamente vivo, apunta en esta dirección, con lo cual no se haría otra cosa sino confirmar y reforzar la estructura fundamental y la riqueza de disciplinas que instituciones como nuestra UNAM tienen desde su creación. Ella es ciertamente modelo de la constitutiva “unidad de lo diverso”.

En la UNAM se realizan con excelencia las humanidades “puras” o básicas y las ciencias “puras” o básicas; asimismo se cultivan las ciencias sociales, médicas, psicológicas y, señaladamente, se enseñan y se ejercen las tecnociencias y las tecnologías de las diversas disciplinas, cada una con su rigurosa autonomía. Y, por otro lado, se ejercen las artes de toda índole e, incluso, el deporte, con todo cuanto significa. Esto hace a la UNAM cumplir con esa esencia de unidad de lo diverso que lleva en su nombre.

Hagamos votos para que el equilibrio se mantenga, para que la UNAM y las otras universidades autónomas conserven ese universo suyo de riqueza creativa científica y humanística que tiene su estructura integral y su realidad entera.

Lamentablemente es imposible desdeñar las amenazas de nuestro tiempo y nuestro mundo. Las acechanzas están puestas precisamente en ese creciente predominio de las tecnociencias y tecnologías de toda índole. En consecuencia, prospera la creencia de que lo único necesario y valioso, lo único que hay que favorecer es el reino de las utilidades materiales, economicistas, exclusivamente pragmáticas. Correlativamente, el reino de las disciplinas básicas, esencialmente autónomas en su despliegue, en su libertad creadora, las que, como hemos dicho, satisfacen la condición libre, cultural y esencial del ser humano, se van lentamente desvalorizando y borrando. Predomina, entonces, la “razón de fuerza mayor”, como la conceptuó el filósofo Eduardo Nicol, la cual pone en cuestión toda clase de autonomía.

La comprensión, el conocimiento y el estudio bastan por ellos mismos, pero es también invaluable e imprescindible si, además de esto, producimos bienes utilitarios para satisfacer los estados de desigualdad, de inequidad, de pobreza en que está el mundo, último punto que quiero tocar.

Indudablemente, la Universidad en cuanto tal, como el reino de las vocaciones libres, está tan amenazada como lo está la humanidad. ¿De qué estamos amenazados? De que el afán de poder haya triunfado de manera tan extrema que ha generado la más grande riqueza a costa del empobrecimiento, es decir, que paradójicamente la riqueza nos ha empobrecido: ha empobrecido a los ricos, en cuanto a su realización propiamente humana, y ha empobrecido a todos aquellos que no poseen el haber ni ejercen el poder.

En consecuencia, vivimos en un mundo amenazado en el que la conquista hacia afuera ha ido destruyendo al planeta y ha ge-

nerado una escasez cada vez más crítica. Ello requiere un cambio radical en el que las universidades desempeñan un papel de primera importancia; como lo desempeñan todos los seres pensantes, y señaladamente los jóvenes. En ellos comienza a caer ya la responsabilidad de detener este movimiento destructivo de nuestro mundo y de nuestra humanidad, para que podamos recobrar el sentido de autonomía de los seres humanos, de autonomía de nuestras instituciones, de autonomía de nuestro pensamiento, de nuestra creación en busca de la mejora de este mundo.

En primera instancia, hemos de salvar la autonomía de los seres humanos frente a las terribles amenazas del mundo contemporáneo que, con un afán de riqueza descomunal y desigual, mal entendida, ha generado —lo señalé— un estado de pobreza interior para los ricos e interior y exterior para los pobres. El problema de la justicia, el valor de la justicia, ha sido siempre uno de los temas centrales de la preocupación humana, pero nunca antes como ahora. Tenemos que conciliar libertad y justicia, ya no pueden estar separadas, y de hecho no lo están en una Universidad como la nuestra, cuya vocación suprema ha sido ofrecer las mismas oportunidades y libertades para quienes son llamados por su vocación.